



ROSTROS DE INVITADOS

Emine Sevgi Özdamar

(Traducción de Miguel Sáenz)

De niña, en Estambul, la primera palabra europea que oí fue *deux-pièces*. Mis padres iban todos los lunes a un cine que se llamaba «Teyyare Sinemasi». Lo que significa «Cine del Avión». Ese cine pasaba sólo películas europeas. Mi madre me habló del propietario, que se vestía como una estrella de cine y recibía a sus clientes a la entrada. Sabía que los espectadores de algunas de las películas europeas llorarían. Para esas películas tristes había hecho fabricar pañuelos finos, que repartía personalmente delante del cine. Mi madre me dio uno de esos pañuelos, con el que se había secado las lágrimas. Yo puse el pañuelo con las lágrimas de mi madre en mi atlas del colegio, precisamente entre las páginas en que estaba Europa.

Mi madre y mi padre se vestían todos los lunes muy elegantemente para ir al Cine del Avión. «¿Qué te vas a poner?», se preguntaban siempre. Y una vez mi madre dijo: «Me pondré mi *deux-pièces*. Yo le pregunté: «Madre, ¿qué quiere decir *deux-pièces*?». «Un *deux-pièces* es un *deux-pièces*», respondió mi madre.

Mi abuela era una mujer supersticiosa. Tenía miedo de que las sombras de la pantalla hicieran desaparecer los rostros de mis padres. Un día pregunté a mis padres qué habían visto en el cine la noche anterior, y cómo se llamaba la película. Mi padre me contestó: «Me he olvidado del título, pero mira, Jean Gabin, el actor, fumaba así», e imitó la forma de fumar de Jean Gabin. Se puso el cigarrillo en la comisura de los labios, hasta que se le cayó la ceniza. Y mi padre fumó durante unas semanas como Jean Gabin, hasta que otro lunes, en el «Cine del Avión», vio una película de Rossano Brazzi y el martes se pasó a Brazzi. De manera que los primeros invitados europeos en nuestra casa de madera de Estambul fueron Jean Gabin y Rossano Brazzi. De niña, tenía dificultades para pronunciar bien los nombres de nuestros invitados europeos, y encontré para Jean una palabra turca, *can*, que significa «alma», es decir, «Alma Gabin», y para Brazzi las palabras *biraz iyi*, que significan «un poco mejor». De modo que, antes de haber ido al cine y ver por mí misma en la pantalla a «Alma Gabin» y «Rossano Unpocomejor», los había conocido ya en el rostro y el cuerpo de mi padre. También nuestra

madre trajo a casa, en su propio rostro y cuerpo, a dos invitadas europeas: Silvana Mangano y Anna Magnani. Para sus nombres había también en turco palabras parecidas: *silbana*, es decir, «límpiame» Mangano, y *Ana*, es decir, «Madre» Magnani. Los primeros rostros intercambiados entre nuestros países fueron los del cine.

En algún momento apareció en nuestra casa de Estambul un sombrero llamado «Borsalino». Mi padre se situaba todos los días ante el espejo ajustándose el sombrero, y se echaba una última ojeada antes de abrir la puerta y salir. Daba tanta importancia a ponerse bien el sombrero y se quedaba tanto tiempo ante el espejo, que yo pensaba que su cabeza con el Borsalino permanecía en el espejo aunque mi padre hubiera salido ya de casa. Atatürk había introducido el sombrero en Turquía como parte de la «europeización». En las fotos se ve a Atatürk con un sombrero en la cabeza o en la mano. Siempre saludaba a la gente con el sombrero. Viajaba por toda Turquía para convencer a la gente de la europeización. En una pequeña ciudad del Mar Negro, todos los hombres llevaron de pronto sombrero de señora para recibir a Atatürk. A un comerciante astuto no le quedaban ya sombreros de caballero, sino sólo sombreros de señora pasados de moda, y los hombres no sabían todavía cuál era la diferencia.

Mientras mis padres habían invitado a «Alma Gabin» y «Rosano Unpocomejor», y a «Límpiame Mangano» y «Madre Magnani», como huéspedes de sus propios rostros, entendiéndose muy bien con ellos, yo tuve también mis primeros amigos europeos. De niña me puse enferma. Tuberculosis. En nuestra calleja vivía una loca. Me invitaba a veces a su balcón, cuyo suelo estaba cubierto de moras caídas del árbol. Una vez me preguntó si, antes de morirme, quería ganarme el Paraíso. Me dijo que «si se parte en dos una granada y se comen todos los pedacitos que hay en la cáscara sin que se caigan al suelo, se va al Paraíso». La loca y yo nos comimos una granada. La mitad estaba en su mano y la otra mitad en la mía. La loca comió sin dejar caer ningún trocito. Yo me había comido también casi la mitad de la granada sin que se me cayera nada y, cuando estaba en el último pedazo, la alegría hizo que me apresurara y que cayera un pedacito al suelo. No iría al Paraíso. Sin embargo, yo quería ir allí, porque creía que mi

abuela, a la que quería mucho y que me contaba cuentos todas las noches, iría también al Paraíso. Había perdido ocho hijos. Creía que todos tenemos en la vida dos ángeles. En un hombro está el ángel que escribe en un cuaderno tus buenas acciones. El ángel del otro hombro escribe tus pecados. Cuando te mueres, los ángeles leen en los cuadernos los pecados y las buenas acciones. Se pesan los pecados y las buenas acciones con una balanza. Luego te llevan a un puente, delgado como un cabello y afilado como un cuchillo. Hay que recorrerlo descalza: si se puede recorrer hasta el final, se va al Paraíso, si no, al Infierno, y el Infierno está exactamente debajo del puente.

Mi abuela pensaba que ella tenía muchos pecados, porque, cuando murieron sus hijos, había fumado, por el pesar, muchos cigarrillos. Pero creía también que sus ocho hijos, que eran muy pequeños cuando murieron y de todas formas no tenían pecados, volarían como ángeles al puente, antes de que la abuela cayera al Infierno por los pecados de los cigarrillos fumados, y se la llevarían al Paraíso. «¿Cómo puedo ir yo contigo al Paraíso?», le pregunté. Me dijo que no debía olvidar a los muertos y que debía rezar por sus almas. A veces me llevaba a pasear por los cementerios. Se paraba delante de todas las lápidas y rezaba por los muertos ajenos. Mi abuela era analfabeta. Yo le leía los nombres de los muertos y me aprendía esos nombres de memoria, y por la noche rezaba, recitaba los nombres y dedicaba mis oraciones a su alma. Pronto tuve largas listas de muertos. Primero tuve sólo muertos turcos, pero luego vinieron los europeos. Solía leer novelas en voz alta a mi abuela y sus amigas analfabetas. Mi primer muerto invitado europeo fue Madame Bovary, por la que las ancianas lloraban y cuyo nombre incluí por la noche en mi lista de muertos. Luego vino otro muerto europeo: Robinson Crusoe. Mientras leía en voz alta *Robinson Crusoe*, mi abuela no hacía más que preguntar: «¿Cómo lo tomaron sus padres? ¿Qué hizo su mujer? ¿Que comían sus hijos cuando su padre no estaba?». La abuela pensaba siempre en la familia de Robinson Crusoe. Como le preocupaba, yo me inventaba mentiras como respuesta, ¿qué comían sus hijos?, arroz con cordero, maíz y castañas, y rezaba por la noche por Robinson Crusoe. Mi tercer invitado europeo fue Isadora Duncan. Una vecina que era actriz de teatro preguntó un día a mi madre si le podía prestar un chal para el cuello, porque quería ir en su coche descubierto por la costa. Mi madre le ofreció un largo chal. La actriz lo rechazó y contó que, en Francia, una bailarina muy famosa se había estrangulado así. Se llamaba Isadora Duncan. Iba en su coche descubierto y llevaba un chal muy largo alrededor del cuello. El chal revoloteaba en el aire, se enredó en una rueda trasera y ahogó a Isadora Duncan. Mi cuarto invitado muerto europeo fue Molière. Por fin me curé de la tuberculosis e interpreté en el Teatro Nacional una obra de Molière. Supe por actores mayores que Molière había muerto en el escenario, y por eso recé también por él a la noche. Hasta que un día me enamoré, recé todas las noches por los muertos turcos y por Madame Bovary, Robinson Crusoe, Isadora Duncan y Molière. Cuando me enamoré, descuidé un poco a los muertos.

No son sólo rostros de cine los que la gente intercambia al principio entre los países, sino también los muertos.

Estambul, la ciudad medio Europa, medio Asia

En Estambul no se sabe si el mar tiene a la ciudad en sus brazos o la ciudad al mar. Cuando el mar tiene a la ciudad en sus brazos, tiene en un brazo el lado europeo de Estambul y en el otro el lado asiático. Y cuando la ciudad tiene al mar en sus brazos, un brazo europeo y un brazo asiático sostienen juntos al mar. Los dos brazos están casi siempre tranquilos. Sin embargo, a veces los brazos mecen juntos al mar, entre Asia y Europa y de un lado a otro. Cuando los brazos de Asia y Europa empiezan a mecer juntos al mar de un lado a otro, saltar a los barcos, en ambas orillas, es peligroso. Los barcos se mueven de un lado a otro en el muelle y se alejan de las paredes y vuelven a golpear contra ellas. Una puede caer al mar y ser aplastada por los barcos. Por eso mi madre decía a sus hijos todos los días: «No saltes al barco antes de que pongan la pasarela; cuando hay olas, da igual que sea en Europa o en Asia, una no puede andarse con bromas».

En mi niñez, mis padres se mudaron varias veces del lado europeo al asiático de Estambul, y viceversa, porque estaban enamorados de Estambul y querían vivir en todos sus barrios. Cuando vivíamos en el lado asiático, mi padre miraba hacia el lado europeo y decía: «Ahí está Europa». Luego guardaba silencio. Yo miraba su rostro para ver allí Europa. A veces él contaba las luces de las casas del lado europeo, que parpadeaban en las colinas en dirección a Asia. Los coches iban por el lado europeo y parecían estrellas que fueran una tras otra y parpadearan sin cesar en dirección a Asia. Mi madre decía muchas noches a mi padre: «Si se puede contar las estrellas del cielo, también se podrán contar las luces de las casas de Estambul». Cuando mi padre anunciaba a mi madre que al día siguiente tenía que hacer algo en el lado europeo de Estambul, mi madre elegía por la noche con él cuidadosamente la camisa y el pantalón, que colgaban luego juntos de una percha en el balcón. De noche, el blanco de la camisa centelleaba ante mis ojos, y me parecía que el pantalón y la camisa se alegraban tanto de ir a Europa que no podían dormir. Cuando los brazos de la ciudad estaban tranquilos, se iba de Asia a Europa en veinte minutos, pero cuando el viento del suroeste azotaba los barcos que iban y volvían entre la parte asiática y la europea, los golpeaba con sus grandes olas, a diestro y siniestro, la gente y los vasos de té se resbalaban en el bar y, vista desde la ventana del barco, la orilla del lado europeo se alzaba y se precipitaba desde lo alto, con sus casas, las murallas bizantinas, las iglesias ortodoxa y armenia, la torre genovesa de Gálata y los palacios y mezquitas otomanos. En esos días en que el inquieto mar golpeaba al barco a diestro y siniestro, mi padre decía, cuando había vuelto a casa con el barco, que aquella noche se le balancearía también la cama. En esas noches él salía una y otra vez al balcón, miraba hacia Europa y decía: «El mar se ha vuelto loco. ¿Verán mañana Europa mis zapatos?».

Las dos orillas de Estambul me recuerdan un cuento que mi abuela me contaba de niña. Había una vez, no había una vez. En un país lejano, un joven buscaba al hermoso pájaro Zümürüt-ü Anka, para volar con él al monte Ararat. Quería encontrar allí a un santo que pudiera contestar las tres preguntas que el Sultán le había hecho. En su camino hacia el pájaro, llegó a casa de un gigante. La madre gigante

estaba sentada, afilándose los dientes. El joven cogió enseguida los pechos de la gigante y chupó la leche. La madre gigante dijo: «Criatura, criatura, te habría comido ahora, pero has bebido mi leche, ahora vendrán mis hijos y se te comerán. Aquí tienes un espejo, vete corriendo cuando mis hijos se te acerquen, y tira el espejo detrás de ti.

Llegaron los hijos gigantes y la madre escondió al joven entre sus piernas. Los hijos gigantes dijeron: «Madre, huele a carne humana». Olieron con sus narices hasta la entrepierna de su madre. La madre gigante dijo: «Corre, deprisa». El joven salió corriendo, y los gigantes detrás. El joven se volvió y los vio venir. Tiró el espejo hacia atrás y surgió un gran mar. Y los hijos de la gigante se quedaron en la otra orilla.

Eso pasa también en Estambul. Tiras el espejo detrás de ti y surge el mar entre tú y tu casa. Estás en otra orilla, en otro continente, en otra vida. En Estambul se puede tirar todos los días un espejo hacia atrás. El mar está siempre allí. Europa está allí, Asia está allí. Las luces de Europa se pueden ver desde Asia, y las luces de Asia desde Europa. Mi madre y sus amigas iban a la parte europea de Estambul para comprar en las tiendas europeas telas importadas de la verdadera Europa. *Avrupa mali* (géneros europeos). En mi juventud tomaba el sol *topless* en una de las islas de Estambul. Creía estar completamente sola en la playa cuando de pronto pasó por el mar una barca con dos parejas. Uno de los hombres me miró largo rato los pechos, y su mujer le dijo: «No te voy a hablar más». Él dijo: «¿Por qué? Es un buen día para ver géneros europeos». Creía que yo era europea.

La polvera de mi madre, de París, no se tiró cuando estaba vacía. Estaba junto a su cama sobre la pequeña mesilla de noche, al lado de *El idiota* de Dostoievsky. De niña, yo olía a escondidas la polvera y el libro de Dostoievsky. Cuando una de las amigas de mi madre tenía problemas con su marido, mi madre le proponía ir al lado europeo: «Vamos a Europa, robaremos un día al Ángel del Destino y olvidaremos nuestras penas». O bien: «Vamos a Europa a sacudirnos los gusanos». Las penas del lado asiático se llevaban en los barcos a Europa para dejarlas allí. Cuando las mujeres iban al lado europeo, decían: «Vamos a subir a Europa». Cuando volvían al lado asiático: «Vamos a bajar a Asia».

En mi infancia, nuestra vecina Madame Athena, griega de Estambul, se estiraba las envejecidas mejillas hasta detrás de las orejas y se las sujetaba allí con cinta adhesiva. Yo tenía que ayudarla. Madame Athena iba conmigo al puerto, con la cinta adhesiva tras las orejas. Yo tenía ocho años. Con sus mejillas estiradas hacia atrás, parecía joven, y por eso yo andaba deprisa. Ella quería andar también tan deprisa como yo, pero a veces tropezaba en la calle. Me decía con frecuencia que ella no era ni asiática ni europea, sino bizantina, y la acompañaba a la iglesia de Agia Sofia. A mí me encantaba Agia Sofia. Tenía un suelo irregular, y en los muros se veían frescos de Cristo sin cruz, y aquel Cristo era un hombre guapo. Yo trataba de imitar la posición de sus dedos. Su pulgar reposaba contra el meñique y el anular, y tenía los otros dos dedos extendidos. Madame Athena me contó que, en otro tiempo, había en Estambul dos locos. Uno se ponía en la orilla europea y decía:



«Desde aquí Estambul es mío», y el otro se ponía en la orilla del lado asiático y gritaba hacia el lado europeo: «Desde aquí Estambul es mío». Una vez, Madame Athena y yo volvíamos con el barco, de Europa al lado asiático. Madame Athena me mostró una pequeña torre junto al mar. El emperador bizantino, a quien habían profetizado que su hija sería mordida por una serpiente y moriría, hizo construir en el mar, frente la orilla asiática, esa Torre de Leander (Torre de la Doncella), y escondió en ella a su hija. Una vez, cuando la muchacha suspiraba por comer higos y le trajeron con la barca, del lado europeo de la ciudad, un cesto lleno, fue mordida por la serpiente que se había escondido en el cesto, y murió.

Yo crecí en Estambul entre la parte asiática y la europea de la ciudad, y sobre nuestros dos cielos veía el arco iris, la luna, la nieve, el sol, las estrellas, los truenos y los relámpagos. Una noche en que se veían truenos y relámpagos sobre el cielo de Europa y de Asia, iba sentada en un barco que me llevaba del lado europeo al asiático. Los vendedores de té servían té y en los bolsillos les tintineaba la calderilla. Cuando subimos al barco en el lado europeo, cesaron los truenos y relámpagos y la luna apareció sobre el puerto. Dondequiera que se tocara en el barco, se tocaba la luna. Todo el mundo tenía esa noche un poquito de luna en las manos. Cuando el barco zarpó, a mi lado iba sentada una pareja. El chico dijo: «Así que has dado la llave de tu casa a otro. Me voy. Adiós». Saltó desde la cubierta al mar y se hundió en la luz de la luna. El barco se encontraba exactamente en el centro, entre Europa y Asia. Todo el mundo se lanzó a la barandilla. El barco se inclinó con la multitud y también los vasos de té se deslizaron con sus platitos hacia la barandilla. Los vendedores de té gritaban: «El dinero, el dinero». La tripulación del barco tiró al chico dos salvavidas, pero él no quiso ninguno. El barco viró y siguió al chico hacia Europa y, finalmente, un bote de salvamento lo sacó del mar. La luna, que ahora estaba en el cielo exactamente entre Asia y Europa, contemplaba todo lo que pasaba y, cuando habían subido el chico al barco, con la ropa y el pelo empapados, alguien preguntó: «¿Adónde querías huir, hombre?». Él respondió: «A Europa». A Europa, a Europa. El barco viró hacia Asia, los vendedores de té encontraron a sus clientes y cobraron su dinero, y la luna brilló sobre los vasos de té vacíos, pero de pronto el barco volvió a virar hacia el lado europeo, porque había olvidado en el mar los salvavidas, que flotaban hacia Europa. Hacia Europa, hacia Europa.

En Estambul se discute con frecuencia en ambos lados. ¿Somos europeos? ¿Dónde empieza Europa? ¿Hasta qué punto somos europeos? Para ser verdaderos europeos tendríamos que comernos el pan de doscientas panaderías más. No conseguiremos pertenecer a Europa. ¿Dónde estamos, dónde está Europa?

Los coches europeos no tenían accidentes. Los perros europeos habían estudiado todos en universidades para perros europeos, las mujeres europeas eran rubias auténticas.

Un pintor de Estambul que estudiaba en París compró, por encargo de un amigo que vivía en Estambul, una muñeca inflable de nailon. Se la llevó a Estambul a su amigo y le dijo: «Toma, aquí tienes tu mujer de París». El amigo miró las par-

tes pudendas de la muñeca de nailon y gritó: «Ah granuja, has dormido con mi chica parisina, tiene la costura abierta y su órgano sexual tendría que estar cerrado». Más tarde, cuando viví en Europa, en Berlín, Munich, París, Viena, Barcelona, Madrid, Amsterdam, Copenhague, Florencia, Atenas y Venecia, sólo en Barcelona encontré amigos que, como los turcos de Estambul, estaban desesperados bajo el régimen de Franco. Se preguntaban con frecuencia: «¿Somos europeos?». ¿Son nuestros Pirineos el culo de Europa o la cabeza de África?».

En mi juventud estuve en Estambul durante el 68, e iba en los barcos, entre el lado asiático y el europeo de Estambul, con libros en la mano: Kafka, Büchner, Hölderlin, Böll, Joyce, Conrad, Borchert... Y fuera, como en mi infancia, la orilla del lado europeo, vista por la ventana del barco, subía y se precipitaba con el viento del suroeste, con sus casas, las murallas bizantinas, las iglesias ortodoxa y armenia, la torre genovesa y los palacios y mezquitas otomanos. Llovía y la lluvia golpeaba contra las portillas del barco, yo leía en aquel momento el *Woyzeck* de Büchner, y vi ante mí, a la luz de un relámpago, a un turco que hubiera podido ser Woyzeck. De niña, mis primeros invitados europeos fueron muertos: Madame Bovary, Robinson Crusoe, Isadora Duncan, Molière. De joven, durante el 68 en Estambul, volví a tener en los barcos entre Asia y Europa a mis muertos europeos, en forma de libros, en las manos y el corazón, y la luna de Estambul brillaba de noche sobre los libros, iluminándolos. Cuando luego emigré a Berlín para trabajar allí en el teatro, nunca me pareció haber emigrado a Europa: interpretábamos en la Schauspielhaus de Bochum el *Woyzeck* de Büchner. Veía a Woyzeck en el teatro, pero no en las calles alemanas. Sin embargo, Woyzeck existía en las calles turcas. En ellas se veía a hombres que te conmovían como el personaje de Büchner. Yo estaba en Europa con mis amigos muertos. No me habían dejado sola. El Príncipe de Homburgo, Woyzeck, Hamlet, *Y no dijo una sola palabra* de Heinrich Böll, *Fuera ante la puerta* de Borchert, Brecht, Kafka, Don Quijote y Lorca están en el cielo de Europa junto a la luna y conmueven a la gente, aunque estén muy lejos. Los muertos han creado el cielo europeo. Una vez estaba en un avión, Lufthansa, de Berlín a Estambul. De pronto una mujer turca se levantó de su asiento, se tiró al suelo del avión y empezó a gritar. Todos se levantaron: «¿Qué pasa?». Los hijos de aquella mujer habían muerto en Estambul en un accidente y ella iba a su entierro. La gente del avión le cogió de la mano. La mujer gritó: «Abrid la puerta. Quiero buscarlos por el cielo». Miraba sin cesar por la ventana, como si pudiera ver en el cielo a sus muertos. «Abrid la puerta». Luego miró a los pasajeros que tenía detrás, como si todos debieran ir con ella por el cielo europeo para buscar a sus hijos turcos muertos. Cuando miraba al cielo, todos los pasajeros miraban como ella por la ventana. Al llegar, las palomas de Estambul volaron de pronto sobre el aeropuerto, posándose en el equipaje de los numerosos viajeros europeos y turcos.

En la versión electrónica de *Pliegos de Yuste* (<http://www.fundacionyuste.org/pliegos>) se hallará la versión alemana original de este artículo.